

.....

La P R E S E A y los sentimientos más llarriegos de la memoria infantil

por José Manuel Fernández
Reconcos de Muñón
Tsena / Lena.

"Yo vengo de una raza de pastores que perdió su libertad
cuando perdió sus ganados y sus pastos.
Durante mucho tiempo mis antepasados cuidaron sus
rebaños en la región donde se espesan el silencio y la retama.
Y no tuvieron otro dios que su existencia ni otra memoria que el olvido...
Ellos no conocían la intensidad del fuego ni el desamor
de los árboles sin savia.
Los graneros de su pobreza eran inmensos. La lentitud
estaba en la raíz del corazón.
Y en su sosiego acumularon monedas verdes de esperanza
para nosotros"
(Julio Llamazares).

1.- *Yo vengo de una raza de pastores ...* (que decía J. Llamazares)

Como todos los inviernos, por Navidad, volvían a la casa donde sus raíces buscaban el alimento en el humus del recuerdo, aquellos recuerdos, tan seleccionados por el tiempo y la distancia, eran hojas de color ocre: el humus que alimentaba la vida más allá del tráfigo urbano, donde todas las arañas del mundo tejían las imperceptibles telas que diariamente atrapaban, hasta la asfixia, su alma.

Todo le servía para reforzar el espíritu del retorno porque, con palabras de Habermas: "*... una persona es una personalidad por pertenecer a una comunidad, porque incorpora las instituciones de esa comunidad a su propia conducta*".

Se afanaba, entonces, por la búsqueda del mundo interior que se despertaba en él cuando las imágenes, que esperaban su presencia para ser lenguaje y después palabra, afloraban una infancia de imborrables olores y sabores, allí donde la tierra se llama Reconcos; porque *Miro hacia atrás y sólo encuentro un lejano y dolorido olor a brezo*. Aquella esquina perdida entre vientos, árboles y colores, era la cuna que había mecido los secretos descubiertos por su curiosidad; y los brazos y susurros que hacían entonces del llanto un sueño apacible: su memoria.

Porque después de todo, somos el reflejo del medio social en el que nacemos

Había evitado siempre hablar o escribir desde la ciudad para su geografía personal; para personas u objetos de su ámbito rural: las faenas de temporada, los colores de la vida y todos los utensilios de uso común, son prolongaciones del alma; o palabras vestidas de metáforas ... Son patrimonio espiritual suyo, de entonces para siempre. Lo propio para sentirse de una comunidad con lengua propia, llena de vivencias siempre presentes, para construir una idea sobre los cimientos del recuerdo. Se sabe comunidad con identidad propia, allí donde los trabajos y los sudores se propagan en el aire que se respira.

Por eso, nunca trasterrado ni desterrado, leía con el corazón el salmo que habla de *“los graneros de su pobreza que eran inmensos. La lentitud estaba en la raíz de su corazón”*. Y otros y más, referentes todos al hambre y la pobreza como protagonista de su vivir. Porque después de todo, somos el reflejo del medio social en el que nacemos.

Y porque se vive dos veces cuando nos esforzamos por recordar.

Y entendió el alma de aquellos supervivientes del esfuerzo ingente y del duro trabajo, cuando descubrió que la pobreza siega en nosotros cualquier aptitud para los sentimientos por la negrura del presente; incapacitados para el amor, su batalla era contra los elementos que acosaban su vivir: la lluvia, el viento, el calor, la niebla, la vida y la muerte como costumbre en el diario de la soledad y del olvido.

Fue un alivio para su corazón encontrar una lógica para un pasado de desamor, aunque ahora se sirva únicamente de objetos a la hora de explorar los túneles que le lleven a encontrarse con esa raza de pastores que apacienta sus ganados donde se espesan el silencio y la retama -que dice el poeta-.

Son esos objetos, nunca perdidos ni olvidados, quienes le devuelven los recuerdos y el amor, y le abren nuevas perspectivas para buscar caminos que llevan a una vida espiritual más profunda, intensa y duradera: el camino del amor. Porque ellos viven mucho más allá de nuestro olvido, sin aceptar el hecho de que nos hemos ido. Porque la vida, para ellos y nosotros, no es lo que uno vivió sino lo que uno recuerda. Y cómo lo recuerda: por eso se vive dos veces cuando nos esforzamos por recordar.

Y da las gracias a quienes, antes que él, pusieron las palabras justas en su camino, y que le ayudaron a navegar la memoria viva, como las olas del mar, hijas de la luna: los deseos en las simas abisales del alma.

2.- Testigos mudos, todos los aperos que son preseas

Los preseos acumulan pasado porque son una prolongación de la vida en las manos que los usaron; con esa vida forman una unidad que es imposible de desmembrar, pues cuanto decimos de ellos es lo que somos nosotros. Su personalidad es la nuestra, su hechura es creatividad y técnica juntas

en la habilidad manual, y en la sensibilidad desde el principio hasta los remates; en el acabado.

Y como nunca se desviven, impasibles, y conservan el tacto de la convivencia más allá de nosotros mismos, por siempre, alguien, algún día, hará poesía con los afectos que esperan la mano de nieve que los busque y los saque de nuevo a otra vida, a otra esperanza. Con ellos, en presencia, damos sentido a lo que fue una casualidad por nacer en un tiempo y en un espacio acotados por una cantidad limitada de cosas que siempre fueron bastante más que simples objetos, nuestros objetos: la presea, el espejo de una agonía que fue el vivir para sobrevivir. Una finalidad.

3.- Desde la intrahistoria de mi Reconcos natal

“Por la escasa movilidad social y la organización interna de pequeñas comunidades semiaisladas que tendían a perpetuarse, la diversidad dialectal que coexiste con el castellano es una muestra de la fuerte vitalidad de los hechos lingüísticos cuando estos han penetrado en la intrahistoria de un grupo humano por reducido que sea. A ello ha contribuido el relieve montañoso que favoreció el hábitat disperso, con la formación de pequeñas comunidades de vida semiautónoma y también de relativo aislamiento y quietud social”, -escribe Jesús Neira en Revista de Occidente. 1.982.

Tal como es Reconcos, aldea por el alma de quienes la habitan, y comunidad propia por el paisaje y geografía donde lo vivo lejano sale a la luz con la fuerza que brota del manantial sereno, cuando todo allí es lenguaje que hace del alma un espacio acotado; una actividad intemporal; y un vocabulario compacto y cerrado. Todo lo necesario para un gentilicio hecho de palabras y de cosas: vidas con sus objetos y con el horizonte como límite; y como campo cerrado para todas las pasiones que embargan su alma en todos los días de su vida.

Entonces, Soni, escribo para ti. Mis palabras serán aquellos mineros que respiran las galerías abiertas en tu alma; donde, con el tiempo, serán poso del recuerdo; o manantial en tu alma de fuente con aguas cristalinas para los colores que vistan las formas de tus dedos. Sabrás que este mundo de silencio es Vida de muchas vidas. Y Tiempo de muchos tiempos. Y Muerte de muchas muertes. Este mundo espiritual que busca una salida a la luz, y que es fruto del tiempo y del viaje milenar de la carne; y que trasciende a los protagonistas, a los que fueron nombre propio y sobrenombre o sólo pronombre. Y siempre memoria en una lápida con un día para el recuerdo, y el resto para el olvido.

Porque, en el principio, siempre están las palabras

En primer lugar, Soni, has de conocer los nombres de los aperos que aparejamos en el caballo con suma destreza, con mucha habilidad, y con la

seguridad que evite trastornos durante el traslado. Pues en caso de que algún aperiu quede en el camino, porque se afloja la sobrecarga; y que caiga o tropiece con la gamaya de les sebes, y se suelte, supone para quien hizo el aparejo una pérdida de confianza, y siempre estará sujeto a revisión de sus trabajos por parte del resto de los miembros de la familia.

Sin suponer, claro está, que la caballería se asuste por el ruido y se espante, con el consiguiente percance, que puede llegar a desgracia si animal o persona sufren alguna herida. Y no digamos ya, si en el trayecto hay pérdida o rotura irreparable de alguno de los preseos, sin posibilidad de recuperación. Hasta un serio disgusto se puede causar pa toda la temporá, según la relación entre el usuario del mismo y la herramienta.

Y a partir de aquí, Soni, *con la diversidad dialectal que es una modalidad romance*, con gran vitalidad entre nosotros, pese a la industrialización, encontrarás un alma con multiplicidad de seres en cada una de las palabras que te pongo en el telar para tejer: un tapiz con los hilos del recuerdo. Y tendrá como predominantes el verde y el azul: los colores que te gustan para que viajes por esa trama como pluma de raitanín al alba, en el amanecer.

Hasta curar bien la yerba pal payar o pa la vara

Voy a escribite sobre los fierros pa cabruñar, o paniar, el gadeñu, de la mano del estil, y de la vera con su cuña para sujetar ambos por el coción con firmeza rotunda. Son inseparables del gaxepu con agua y les piedras pa afilar. De los marachos que salen de la siega, vive la forcá de tender pa los nenos y les muyeres de la casa; y el garabetu que da calor y aire a la yerba en todo el proceso de curar, previa burraxería; p'amontonar con el forcón y carretar con el cordel de la yerba y el caballo o macho pa detrás del payar, que tien un bocarón pa meter la yerba dentro y espardela con maestría, de modo que lleve la mayor cantidad posible.

Todo un proceso trabajoso el de meter la yerba en payar, porque había que ir calcando hasta más nun poder con los guajes saltando encima, sobre too; o con un animal disponible (burro, ovejas...); siempre conscientes de los peligros que supone esta faena por el encaloramiento y las traidoras corrientes de aire, madres de la pulmonía.

Y todo el tiempo, a la mayor fuerza del sol, como principal protagonista desde que sale hasta el ocaso, sabiendo nosotros, por descontado, las especiales relaciones de ca preu con el horario solar, según situación geográfica: orientación al saliente, al mediudía, al poniente... Sin olvidar que el aire y la brisa juegan un papel importante, mal preterido en nuestro subconsciente por aliviar el cuerpo a la mayor fuerza del calor.

Pero munches veces, por tar el preu muy abonéu con cucho o químico, o por ser ruina la cuadra y sin payareta, el payar nun lo lleva; y, entós, hay que facer una vara de yerba con todos los paramentos que necesita, pa que

resista los embates y ventiscas del invierno. Ye cuando entra en juego el acéu, masculino y singular.

4.- Y comenzando, tamién, por preparar los preseos

Fíjate en la importancia que tiene la presea y los aperos correspondientes. En primer lugar, como nota singular, en el manejo de todos ellos hay un ritmo permanente durante toda la faena: imprescindible para un trabajo más llevadero, fechu como sin esfuerzo, como en el aire, fruto de la soltura y el amor por el trabajo bien hecho. Encontrar este ritmo es capacidad de resistencia; con frescura en los comienzos, todo es más lento a medida que las horas avanzan y el cansancio va haciendo mella en brazos y piernas, sobre todo.

Dicho esto, cuando empezamos la yerba, y sacamos la presea a su estado de revista, por la conservación, se sabe perfectamente cómo lleva la casa el cabeza de familia: esa necesaria relación entre los miembros de la misma, la organización interna de animales y personas, a más de su personalidad y carácter.

Porque, sin duda, la actitud del padre imprime carácter a todos los elementos que componen la unidad familiar, a personas, animales y cosas u objetos. Individual y colectivamente. Es más, como no hay secretos que guardar en la pequeña comunidad de la que forma parte, todos saben del otro una definición que pasa de padres a hijos, como una parte más de la herencia que le toca a cada cual. *Como el padre o como la madre*, se dice. Oyeríaslo tu alguna vez.

Con muchos aperios alreor de la yerba

Por eso, tienes que saber, Soni, que, durante el invierno, en las largas noches de nevaes y agües mil, a los garabatos hay que poneyos los dientes; o la chapina de hojata a la fendeúra pa que nun vaya a más. Hay que tenelos recoyíos onde nun estorben, toos xuntinos, pa tenelos en forma y diferenciales de otros que cumplen trabajos menos honrosos: como agarabatar les sebes cuando, per marzo, escargatamos la fueya y los artos que estorbarían la siega nel verano, al desaveriar.

Cuando facemos esto, supone, también, impedir que la maleza robe terreno desde la sebe hacia dentro, síntoma claro de abandono. Con los fierros y el gadeñu, el mantenimiento ye pa evitar el furrñu con el embadurnéu de unto; o de tocín entonces; o de grasa consistente y aceitón ahora. En todo caso, lo que evitamos siempre ye el contacto con el agua.

Tamién hay que llevar el pistolo pa la poza del pelu la vara, y la fesoria pa encuriosar les preses pal invierno. Pero queda el mejor obriru: el sol. ¿Qué nun decir del sol? Basta con recordar el refrán que diz *quel bon tiimpu ye capa probes*. Porque del mismu depende un invierno de fame o de sosiego en la casa por tener la yerba necesario para el principal sostén de la familia:

las vacas. Sobre todo, allá por el mes de marzo arriba y últimos de febrero, días de temer con la despensa vacía.

De todos esos aperios, Soni, tendrás cumplida información que servirá para completar la personalidad y el carácter de cada uno, y su especial relación con el portador familiar del mismo. Que va más allá de unos días de trabajo intenso y de un tacto y contacto ocasional. Porque los instrumentos de trabajo conviven con intensidad durante la vida de cada cual, hasta que uno u otro de los dos quede huérfano sin remisión, y emprendan el camino del recuerdo más allá del olvido: *amor constante más allá de la muerte*.

5.- Escribir para reorganizar

a.- Los fierros

Así llamados, como una parte por el todo: tándem formado por la yunca y el martiellu de cabruñar; en su campo también entran el gadeñu, el gaxepu, les piedras de afilar y el agua. El manejo de los mismos es competencia del hombre de la casa, salvo cuando en la guerra del 36 y la postguerra eran las viudas quienes los suplían en todas las faenas del campo, si la familia quería sobrevivir al hambre y las enfermedades. Y no te exagero, Soni.

Los fierros tienen fechora especial de hierro. La yunca podía ser de boca doble: una, para cabruñar la pica del gadeñu; y, la otra, para el resto del corte. Por el contrario, si tenía cabeza única y convexa, como el martillo, eran los dedos del segador los que hacían el trabajo de diferenciar la zona del corte para el efecto del martillo sobre el gadeñu.

Singular el martiellu en la forma, pues también se usa pa sacar la cuña de la vera: el mango es corto y obliga a sujetarlo con fuerza y pulso firme. Y para que ambos sean inseparables, un agujero en el extremo del mismo permite un cordelín que, con una vuelta especial, los hace inseparables del segador cuando los necesite.

Comenzando por cabruñar bien: en sin paniar el gaeñu

Por cierto, que, cuando alguien cabruña, con agua vertida en la parte posterior de la madreña, va moyando la punta del martiellu, al tiempo que el agua le sirve para marcar el golpe y el ritmo de la cabruñaúra; además, el que cabruña buscará el terreno apropiado, o pondrá un palo grueso debajo de la oreja de la yunca, para que no se hunda del todo en tierra por efecto del golpeteo del martillo. Pues clavar la yunca dos veces supone una pérdida de tiempo, y la consideración de bisoño en el manejo de los mismos, con la consecuente falta de confianza de los mayores más expertos.

Es decir, como puedes comprobar, Soni, todo el arte de cabruñar supone un saber que se transmite bien por observación, por explicación o por experiencia propia, que obliga a la perfección de la técnica, si en algo se aprecia la consideración del entorno y la tradición familiar. Porque subir este escalón es difícil, por esa pericia que exige el manejo de los fierros.

La misma habilidad se necesita con el gaeñu (la gaaña), de corte ancho y pesado, propio de los años 1.940, cuando fue desplazado por la cuchilla: más estrecha, de diferentes medidas, y con un corte más duro y resistente. En aquellos tiempos, la novedad supuso la admiración de la mayoría por las ventajas que suponía a la hora de segar. Aunque de precio superior, el esfuerzo económico merecía la pena por la ligereza de una textura, un peso menor, que aliviaba los brazos del segador y la postura del cuerpo: unos movimientos del torso más suaves, y con los músculos implicados más sueltos y menos tensos.

Porque segar bien yera cabruñar bien

Nada desdeñable cuando el horario de siega suponía días enteros durante horas, pues sólo se dejaba esta faena para andar a la yerba en las horas más centrales, a recoyela, en la fase siguiente a la siega de la mañana, por el mayor calor del día. Lo normal yera segar por estayes para hacer más llevadero el esfuerzo de toda la familia: grandes y pequeños, empezando siempre a desveriar alreor de la cuadra, y, después, de riba hacia abajo, hasta llegar a lo fondero. Y por una razón: si había que facer una vara de yerba, mejor a lo fondero onde yera más fácil el acarritu.

Poque, en definitiva, segar bien yera empezar por cabruñar bien: ello supone tener el pulso suficiente para martillar siempre con la misma intensidad, guiados por hilo del agua; así se evitan los picos y un desgaste del corte innecesario, pues enseguida las piedras lo consumían. Esta maestría en el manejo del martillo y el gadeñu permitía cabruñar dos veces al día; y, la tercera, entre el día y la noche, ganando tiempo para el amanecer del día siguiente, cuando la yerba estaba ruciada, mojada, más tierna; y, así, daba tiempo a prepararla para la fuerza del sol, si lo hacía: era cuando se tendía, o se dejaba como estaba, si la niebla desdibujaba las formas de los que andaban alrededor de la hierba.

Con l'estil a la media del brezu da ca segaor

Del peligro de la guadaña y sus manejos, basta recordar que es compañera infatigable de la muerte, todo un símbolo muy significativo: un fallo por resbalar, o por un montaje defectuoso sobre el estil; o por no saber manejar con seguridad la piedra de afilar, trae aparejado un corte que rebana un dedo o media mano, o la parte del pie que menos se espera, o los dedos, o la planta del mismo. Por eso, para los niños, hasta adolescentes, esta es una herramienta tabú: ni tocarla dexaban los mayores.

Compañero inseparable del gadeñu -el estil- es el portador del mismo al que está estrechamente unido por la vera y la cuña, alma y cuerpo, respectivamente, del ímprobo esfuerzo que ambos realizan con movimientos suaves y acompasados del segador experto. Porque el estil es el espejo de todas las habilidades que posee: la fuerza contenida, la soltura de brazos, la constancia, la resistencia contra el tiempo, cualquiera sea éste, la seguridad y confianza en las propias manos o la firmeza de los pies, según calzado y tapín, donde arrancar una rebanada de pan y esperanza.

Derecho como huso de filar, de frisnu, con intenciones artísticas en su terminado, hablamos, ciertamente, del estil. Sujeto a medida, el brazo del segador marca la proporcionalidad entre la estatura personal y el largo del estil: con el codo apoyado en la manilla de la mano derecha, la punta de los dedos nos da el lugar exacto donde debe reposar el gadeñu (en la muesca del coción) para conseguir la paridad exacta entre los dos; ello permitirá al segador una postura corporal, nunca excesivamente encorvada, al tiempo de mantener la mirada adelantada hacia la estazá. Es la manera de prever y evitar la sorpresa que nos obligue a perder el ritmo y el paso en la segata, imprescindibles pa mantener la distancia entre el anterior y el siguiente, siempre con el gadeñu pel medio.

Y saber afilar la gaaña, para segar más cómodos

Por eso, cuando hay segaores de pol medio, el afilado es primordial para mantener las fuerzas y evitar que te echen de la fila por incompetente. Si así fuere, tendría consecuencias drásticas para el interesado: pérdida absoluta de confianza por incapacidad, falta de fuerzas y madurez. Y, en adelante, será destinado a labores de menor importancia como desveriar les sebes, o segar los sucos que la segata deja de lado para no perder el ritmo de la siega.

Esa falta de habilidad de un segaor suponía otra dificultad más para encontrar, por el trabajo bien hecho que nunca llega, el sitio que te corresponde en la comunidad vecinal, y ganar la confianza de quienes marcan pautas y directrices: suponía un poco la vergüenza de la familia.

El afilado supone otra habilidad especial y confianza en uno mismo: la limpieza del corte con los dedos índice y corazón para quitar el sarro del corte. La inseguridad por miedo supone un corte peligroso. Y con la piedra mojada en agua, con un ritmo musical que marca la efectividad del afilado, se coloca el coción del gadeñu sobre el pie derecho ligeramente doblado: el segador toma aire, y refresca con vino, para seguir luego con la estazá que abre al resto de la casa las faenas del día.

b.- El garabetu

Es importante encontrar una idea para un texto. Y más, cuando escribimos sobre esta herramienta, tan sencilla y anónima como alma de hoja colgada en el aire. Y, como en todas las culturas, la madera tiene su alma, Ángel Wagenstein¹ escribe sobre los árboles:

“... el árbol empieza en las raíces y depende de ellas absolutamente. Con algunas maderas solo se pueden hacer cayados o garrotes; otras sirven para fabricar objetos tan útiles como artesas, cunas o trípodes; y hay árboles cuya madera se transforma en flautas y

¹ *Lejos de Toledo*. Ángel Wagenstein. Libros del asteroide. 2010.

.....

hasta violines. En cierto modo, esto no ocurre sólo con los árboles, sino también con los hombres ...”

Y más adelante hace esta comparación:

“... en lo concerniente a mi abuela Mazal, yo la compararía con un árbol de raíces vigorosas y profundas con el que solo se elaboran cosas necesarias y útiles, mientras que con el árbol de mi abuelo Abraham ... sería difícil hacer algo especial. Como mucho, un barril donde guardar un buen vino añejo para dejarlo reposar”.

Para terminar con esta frase: *Pues de eso va la cosa: de raíces.*

Es el mismo camino que nosotros recorreremos para encontrar el alma de esta herramienta, el *garabetu*. Dechado de perfección técnica, hija de los mil soles que animan las brisas del verano, son manos femeninas las que conforman su personalidad con el trabajo más delicado y trascendente que se realiza en el ámbito rural: el secado de la yerba, con especial habilidad para revolverla; y el aire, tanto como el sol, para que la deje seca; y, después, a pleno sol del mediodía, y por la tarde, según horario de sombras, hacer los montones -los balagares- para el acarreo posterior al pagar o a la vara de yerba; o al forquéu, al día siguiente, si la cuadra es ajena al preu donde se recoge.

Con el nombre del garabetu, en el mengu y en el alma

Con el nombre de la mujer de la casa incrustado en su alma, el *garabetu* es una herramienta personal e intransferible. Es el alma de unas manos cuyo tacto moldea su personalidad en el camino hacia la madurez. Su vida es una acumulación de pasado con las huellas de esa relación tan profunda: los dientes, desgastados por tanta hierba masticada, facilitan la edad y las vivencias junto a la mano de nieve que abre su corazón a las brisas que beben; con la maestría de sus movimientos, la humedad que se empecina en permanecer para evitar un correcto curar de la yerba; su secado por el calor y la brisa que acaricia sus entrañas hasta una completa relajación: la que permite hacer un pagar que atempere los rigores del invierno en el marzo con la nieve detrás de los dientes del corazón.

Y como durará más allá de nuestro olvido, el *garabetu*, en el dorso del alma, lleva el número de los días y lluvias necesarios para la máxima calidad. En exclusiva, porque esta perfección se sirve de dos maderas que compiten en su busca. El *frisnu*, para el ancho y largo exacto con los dientes necesarios incrustados *en la traviesa*.

Y el ancho del *frisnu*, en el centro de la *traviesa*, con la distancia justa para la forca o timón del *garabetu*: un mangu fechu de ablanar, con ocho o nueve años, y cortado al menguante de enero, a ser posible, previa atenta observación: justo a la medida del brazo en lo largo, porque el ancho ya viene con la edad. La armonía de las formas permite a las manos de nieve descubrir el tapiz oculto bajo la yerba curada, que es el tapín, cuando *garabatar* desnuda espacios con el tacto de los dedos en la piel.

Esta relación es de por vida, y más allá de ella, año tras año, y siempre. Aunque silenciosa, es hija del contacto y el roce suave y continuado, del esfuerzo y del apoyo mutuo, cuando faltan las fuerzas y ataca la flaqueza por tantas fatigas que llegan al cuerpo y al alma allá, en la era, del mediodía o en les estayes del atardecer.

c.- El forcón

Es una herramienta que mejora a otra herramienta, más pesada y torpe para las faenas del campo, en el verano: la pala de dientes. El forcón es bimembre, con una forma muy técnica, pues el ancho y el largo de sus dientes, acerados y extremadamente puntiagudos y afilados, le hacen ligero y manejable para estorgar la yerba que acaba en burraxos o montones; para cargar los forcaos de forma rápida y equilibrada con palaes maestras en su distribución encima del forqueu.

O para meter la yerba en el payar desde el bocarón con sumo cuidado, pues un error en las distancias puede terminar en tragedia: tanto desde el interior como desde el exterior, la atención a la dirección de la palá con el forcón exige una concentración permanente, para evitar el accidente por miedo al pinchazo involuntario, con la gangrena como amenaza.

El forcón hace liviano el esfuerzo de quien enhebra la yerba de la era, encrespada por el calor. Como es obvio, son los varones de la casa, el padre y los hermanos mayores quienes afianzan con seguridad el mengu que vuela a cierta distancia de quien garabata; y a cierta altura, según fuerzas del "ponente", tratando siempre de evitar el percance que con esta herramienta tan afilada puede ser grave.

Esta prudencia y seguridad en el manejo de las ferramientas lo hace ajeno a quienes todavía carecen de responsabilidad en la casa, los jóvenes. Y por los fines que cumple en las faenas yerboleras con la fuerza como recurso principal, tampoco es apta para las mujeres, cuya especialidad es garabatar y redondear el acabado de los montones de yerba; o cualquier otra forma que exija el uso que de la misma se haga cuando está ya "curada" por el aire y el sol.

Y cuando la sombra de Caín rompe los círculos y entra en las almas del ámbito campesino, el forcón, en manos de la ira, la mezquindad, la envidia y la codicia que quieren borrar sebes y arrancar les castañares que tan profundamente marcan la propiedad; entonces, el forcón se vuelve un arma de tremenda eficacia para la venganza ancestral. Su manejo fácil por el mengu de ablanar, de un largo muy apropiado, por su ligereza y por sus dos dientes cual colmillos de lobos hambrientos, hace del mismo una dentellada de muerte.

d.- L'acéu

En cualquiera de sus formas, cual bisturí en manos expertas, es un recurso para remediar una necesidad o una emergencia -cortar una retriga de la vaca empatoná en la cuadra, por ejemplo-. Y tiene también, para cualquier edad y género, unas características.

Para cortar la leña de la cocina, del horno del pan o de la cocina de leña, donde se cura el samartín, la madre tiene un hacha de mango corto, tamaño medio, y contrafilo curvo que la hace única para sus labores caseras: como picar la leña en garabinos, hacer astillas o trocear un garebu, de mayor grueso; el manejo del acéu exige mano firme y segura, para evitar el accidente que puede terminar con una herida en la cara o un ojo perdido.

Todo ello en el picaíru, de altura tal que impide a los niños el uso de ambos, por los riesgos que conlleva. Hay más. El agradecimiento del cabeza de familia por el trabajo de la mujer en la casa tiene su reflejo en el afilado del hacha y en el mango que lleva. Un filo sin mozquetas por el afilado, y el mango suave al tacto trascienden, sin palabras, el respeto y agradecimiento del cabeza de familia a la labor callada de la mujer en la cocina.

Con las hachinas también a la media de homes y muyeres

Cuando el niño pasa a adolescente, y ya se le encomiendan labores de responsabilidad, también tiene su hachina, de mengu más largo que el normal y de un tamaño menor que la del adulto, con cueta para clavar. Propia para labores de la edad, se usa para limpiar los palos, en la mata, de la carga de leña que se apila en casa para el invierno; y con ella se cortan, además, les cibielles, mangos de garabatos, guiyaes, o todas aquellas maderas que, por el grueso, no obliguen al esfuerzo que fuerce la rotura del mengu por la resistencia de las mismas.

Por el contrario, si se quiere fender un poste o un varal pa cerrar la xebe, otro grosor, más pesado y con la forma propia para clavar una estaca bien con la cabeza o con el carrillo, el acéu es herramienta propia de adultos. Y por la conservación del corte, su afilado, y por el mengu y su fechura y tacto, tenemos un fiel retrato de las habilidades manuales: su saber hacer y sentido de la perfección en el acabado, diferente según personalidad, como en todo.

El acéu corta como barbera, y es suave al tacto, con ancho diferente su mengu, cuando el dueño es perfeccionista en el acabado y conservación del afilado; siempre sin mozquetes en el corte, pues de su estado depende el esfuerzo que exige un trabajo tan especial por la precisión en el golpe y fuerza contra la dureza y resistencia de la madera con la que se trabaja.

Labrar las distintas piezas de un tejado para una cuadra, unes calzaúres, unos chinuelos o los caidones, exigen azaos especialmente preparados para trabajar de luz a luz, y en busca de esa perfección que exige la profesionalidad de Miguelón el de la Braña, o de José'l Ruxu, en tiempos.

Y como en la Tierra de Alvargonzález, de todos los pecados, el acéu es el arma preferida de la sombra de Caín que camina por el ámbito rural

.....

*La codicia de los campos
ve tras la muerte la herencia;
no goza de lo que tiene
por ansia de lo que espera.*

Y entonces, Alvargonzalez, padre:

*Tiene cuatro puñaladas
entre el costado y el pecho,
por donde la sangre brota,
más un hachazo en el cuello.*

En definitiva, el acéu, el hacha y la hachina cortan el aire para dar forma a una a unas manos que acarician la madera con las pasiones de la edad.

e.- La sobrecarga o reata.

Don J. Neira, en su diccionario, recoge dos definiciones de la sobrecarga como parte de la *presea*: “soga para sujetar la carga que lleva una caballería”, y “cuerda de cáñamo con cincha que sirve para atar la carga a la caballería”. La diferencia entre la reata y el cordel de la yerba está en la longitud: los dieciséis metros del cordel de la yerba son imprescindibles por el volumen de los montones que se palanquian, o el forquéu que se amarra; por el contrario, aparejar un caballo con un sacu de farina en la albarda o unos postes exigen, con el ventril, los diez metros necesarios para un sujeción firme y segura de la carga, los de la reata o sobrecarga.

Porque en aquellos tiempos, hasta los ochenta del siglo pasado, todos los caminos eran barro, aguas torrenciales y rames de árboles o artos y maleza, sin aguatochos ni estaferies, lo propio de la ignorancia como madre de la insolidaridad, la mezquindad y la codicia. Carcomidos por las inclemencias y la desidia, el transporte por aquellos caminos suponía habilidad y destreza en el manejo del caballo y la carga aparejada; en este caso, la *presea* con les alforxes, la lechera de cinc para el agua de la fuente, la cacía y les trébedes.

Todo ello colocado con la destreza sobre el animal, que exige formas muy diferentes en la albarda del caballo, hilvanados por la sobrecarga como elemento de unión entre la seguridad, la confianza y el cuidado; porque los vaivenes de la caballería en el accidentado caminar no supongan pérdida o rotura y disgustos por la fractura entre almas: ye el peligro de los focherales y de les veres sin desbrozar.

El arte de arreatar la carga sobre l'albarda del animal

.....

Llegar con la carga tan sujeta a la albarda como salió y entrar con buen pie y ánimos para seguir, y de nuevo empezar: repetir, por ejemplo, verbos como palanquiar los montones con el cordel de la yerba; ye saber manejar quince metros de soga con maña para amarrar los montones, y dejar en la rastrera poca yerba pa los rodiechos que tan mal comían les vaques. Amarrar bien los montones evita, también, que den la vuelta mientras los llevamos y se desmoronen; esa pericia supone que tiene que llegar hasta detrás del bocarón tal como arrancó de partida, y poder volquialu y sacar el cordel sin tropiezos, porque las puntas están sin nudos, en alambre para que no se deshilachen y corran mejor.

Son cosines sencilles que ahorran un esfuerzo grande cuando ya se palia al payar por el bocarón. En esta faena, hay rutinas importantes. Por ejemplo, que el caballo vaya siempre por la misma rastrera, y para evitar que ruede y se estropee el montón, asentéu sobre la culera; y para que la fuerza del caballo sea más efectiva y canse menos, se amarra dos veces, la segunda después del primer tirón.

Claro que, si es caballo veterano, irá delante, solo, y obedecerá siempre las órdenes de quien esté palanquiando para promediar el esfuerzo. Por el contrario, el hijo de la casa lo llevará del ramal si el caballo no sabe seguir la rastrera hasta detrás del payar, y tiene que evitar con la cabezá tanto los tirones como les carreres que agotarían a los dos. Y con la precaución, además, de evitar sus cascos cuando camina delante de él, procurando que no lo pise: se juega la confianza de toda la familia para todas las faenas restantes, y las consecuencias de un pisotón, por ser poco diligente en el manejo.

Epílogo.

Efectivamente, cada una de estas herramientas, por sí mismas y juntas, es el nombre de una persona, sin apellidos, con la vida marcada en las manos; con su palma y sus cinco dedos; con los veinte callos que son fruto de los ímprobos esfuerzos de días y lluvias, ventiscas y soles, de abrazos de vida que, si faltan, son la muerte por la falta de fuerzas, la vejez y la decadencia. Cuando las miradas son memoria de la nieve, unos ojos blancos bañados por los ríos de la experiencia y el recuerdo, ya cansados por la luz y los grises tamizados en el horizonte.

Poner palabras a cada una de ellas fue salir al pasado en busca del alma de los sentimientos, esas emociones que alimentan la memoria contra el olvido, como bien dices en tu correo, querido José Antonio.

Ya se sabe que escribir es *un procedimiento que proveerá nuevas ideas en las que no habría pensado si no me hubiese puesto a escribirlas*, como dijo W. Stafford. Tal es la realidad de este ejercicio de escalada en pared vertical con los recuerdos como abrigo, y la nostalgia como agarre; la piel de las herramientas y su tacto son el arnés que asegura la progresión, cuando los anclajes dan aseguramiento en las brechas que hay que atravesar; allí

.....

donde el burilador y la clavija son firmes aliados del esfuerzo que ayuda a coronar la cima con las ventiscas y los soles y los vientos en la suela de los pies de gato, que se afirman con el tacto en la roca como rímel en las pestañas de la adolescente.

Así, este hurgar mío en las grietas de la memoria, o en el cazo de los sentimientos, las presas de nombres y espacios y colores y olores que embriagan los sentidos y embotan el corazón. Cuando transitan nuestro pensamiento, vienen vestidos con el lenguaje de la infancia, de los padres, de los abuelos, de las tradiciones, de las convivencias, de las necesidades, del ansia de vivir y del amor a la tierra; y del irrefutable axioma que pone la codicia como la enfermedad propia de la ignorancia.

Y porque sabemos que la vida es un montón de objetos perdidos que pierden la identidad, cuando el tacto es una piel pulida y transparente: cual metáfora de la vida, ellos nos sobrevivirán como eslabón último de una nostalgia que nos llena de la irremediable finitud que somos todos. Ángel con grandes alas de cadenas.

por José Manuel Fernández

<https://www.xulioes.com/jmfernandez-reconcos.html>